

veros entrar á mi lado, no son sino un prelude de las espléndidas ovaciones con que os acogerán los pueblos unánimes, el día deseado en que os unan con el Pastor, aunque indigno, de esta Iglesia, no tan sólo, como ahora, lazos de urbanidad y cortesanía, sino vínculos sagrados de indisoluble concordia.



## DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO  
DE SAN JUAN NEPOMUCENO DEL SALTILLO, LA NOCHE  
DEL 5 DE OCTUBRE DE 1884.



MONSEÑOR: \*

**A**L placer que siempre he sentido asistiendo á la distribución de premios de este floreciente plantel, una nueva satisfacción se ha añadido el año presente. Mi venerable Hermano y distinguido huésped el Illmo. Sr. Obispo de San Antonio de Béjar (que tengo el honor de presentaros, Señores), circundado de un cuerpo escogido de padrinos, no sólo de Coahuila, sino de los Estados limítrofes de Nuevo-León y de Tamaulipas, nos hizo el honor de inaugurar á mi nombre esta mañana, con las bendiciones de la Iglesia, el salón vastísimo en que os halláis congregados. Sus tres espaciosas

\* El Illmo. Sr. Dr. D. Juan Neraz, Obispo de San Antonio de Béjar.

naves, las dos hileras de esbeltas columnas que sostienen su techo, la doble fila de elevadas ventanas, le dan un aspecto imponente, y lo constituyen el primero entre los salones de esta Capital. Estrenándose esta noche como aula académica, servirá, durante el año escolar, de dormitorio á los ya numerosos alumnos; y no dudo que los padres de familia, al contemplar sus inmejorables condiciones higiénicas, se convencerán del nimio cuidado con que los Directores de este Instituto procuran reducir á la práctica el antiguo axioma: *mens sana in corpore sano*.

Considerable como es esta mejora, no es la única material ni la más importante que se haya llevado á cabo en los últimos meses. Hace muy poco que el Sr. Gobernador Don Francisco de P. Ramos, cuya prudente administración sentimos en el alma haya sido tan pasajera, apadrinó la bendición del ala de este Colegio, que á más de la nueva biblioteca, comprende varias oficinas y aposentos de profesores; y la ya espaciosa huerta se ha extendido casi hasta la garita de México, con la compra de no pocas hectáreas de magnífica tierra, destinada á la utilidad y al recreo de maestros y de alumnos. Entretanto, mientras aquí resonaban los últimos golpes del martillo que disponía este recinto para la presente solemnidad, por fuera el gozoso clamoreo de los hijos del pueblo anunciaba el estreno de nuevas aulas en la escuela que con tan buen éxito regentea el benemérito Presbítero Don Mariano Cárdenas, y que disfruta de ese prestigio, tan diferente del que se busca ó se compra, que adquieren entre las familias cristianas los ministros que les hacen verdaderos y desinteresados servicios.

Ni es menos digna de notarse la actividad desplega-

da en el resto de la diócesi. Mi Colegio Seminario de Monterrey ostenta, no enjutos aún, nuevos pórticos y nuevas aulas, si no de dimensiones tan vastas como la que ahora nos cobija, sí de más majestuosas proporciones, y labradas con la sólida piedra que distingue los edificios del vecino Estado. No os hablaré de la reciente inauguración de la espléndida Basílica del Roble, demasiado fresca en vuestra memoria para que necesite recordárosla. Os invitaré, sí, para el próximo estreno del nuevo Bautisterio en la Parroquia del Sagrario; á la solemne bendición que haré, dentro de pocos días, de la recién construida Iglesia de Hualahuises; y á la inauguración de la Parroquia de Pesquería, levantada en menos de un año sobre los escombros de la que en Diciembre último fué totalmente destruida por el fuego; á cuya fiesta seguirá inmediatamente, en la misma villa, la dedicación de otro Santuario, fabricado ha poco desde los cimientos. En vista de tanta actividad y de tantas obras, que menciono con santo y legítimo orgullo, tanto más que á Dios y á mis diocesanos, y no á mí propio se deben; en vista de tamañas labores llevadas á cabo con tan feliz éxito, decidme: ¿es necesario ir á buscar fuera de la patria y de la Iglesia quien venga á construir edificios en nuestro suelo, á proporcionar trabajo á nuestros artesanos, á instruir á nuestra juventud, á darnos á nosotros mismos lecciones de laboriosidad y á recordarnos nuestros deberes?

Hace un año ¡con qué alboroto celebrábamos todos la llegada del ferrocarril! Al legítimo gozo que llenaba á la universalidad de los habitantes de estas comarcas, se añadían en muchísimos esperanzas exageradas é ilusio-

nes para lo futuro, de que muy pocos se pudieron librar. ¡Se creía que la locomotora era el cuerno de la abundancia, que á cada silbo arrojaría á derecha é izquierda torrentes inagotables de oro y de plata! Figurábanse muchos que cada coche vendría henchido de millonarios del Norte, que derramarían tesoros por todo el país, harían prosperar el comercio de un modo inaudito, fundarían ciudades populosas en un abrir y cerrar de ojos, fecundarían los campos más áridos, harían navegables los más insignificantes arroyuelos, desviarían el curso de los ríos más caudalosos, y aun atraerían á su arbitrio la lluvia del cielo.

¿Recordáis con qué avidez se preparaban ricos y pobres á tamañas fortunas? ¿Recordáis cómo los propietarios de predios rústicos contaban los millones que les iban á producir terrenos que valían pocos centenares; cómo los dueños de fincas urbanas triplicaban y cuadruplicaban las rentas, ó arrojaban á la calle á los inquilinos en espera de riquísimos huéspedes que pagaran un doblón por lo que antes valiera un ardite? ¿Recordáis cómo apenas bastaban los materiales todos de la empresa ferrocarrilera, para conducir la multitud de efectos que sin tasa pedían nuestros mercaderes, en previsión de centuplicado consumo?

¡Pocos meses bastaron para que se desvanecieran sueños tan lisonjeros! Bancarrotas sin número, falta de movimiento mercantil, disminución en el valor de la propiedad rústica y urbana, escasez de numerario por todas partes, hambre, pobreza, miseria, es lo que ha venido en pos del anhelado vapor; que aquí parece haber agotado sus fuerzas, sin poder continuar su camino hacia la capital de la

República. En medio de tanta desgracia, ¿quién ha socorrido á los pobres? ¿Quién ha dado trabajo á la multitud de operarios desocupados? ¿Qué obras públicas se han emprendido para dar de comer á los necesitados?

Hace cien años fué mi glorioso Predecesor el Illmo. Sr. D. Fray Rafael Verger quien excogitó construir los edificios que todos conocéis, para subvenir á las necesidades de muchos infelices, que de otra manera habrían perecido en la época funesta llamada por antonomasia *del hambre*. Bajo mi episcopado habéis sido vosotros y mis diocesanos en general los que, agrupados en torno de mi santa bandera, habéis llevado á cabo obra tan meritoria. Mientras los particulares, antes tan entusiastas, se vieron obligados á dejar sin concluir el edificio destinado á hospital; mientras el Estado no pudo en el que iba á ser Teatro, ni colmar los cimientos que, convertidos en focos de infección, están llamando con abiertas fauces al cólera morbo; la Iglesia, pobre, despojada, oprimida, ha emprendido sin cesar, y ha llevado á cabo sus empresas. No hay para qué mencionar de nuevo sus trabajos materiales; basta que volváis los ojos al Colegio que nos alberga, y al salón que nos cubre.

Permitidme, Señores, que diga á mi venerable Hermano de San Antonio, lo que era antes el terreno que pisamos, y que en dos palabras le trace su historia. ¿Habéis estado en Dax, Monseñor, en ese ameno y santo lugar llamado, porque lo fué en realidad, la *Cuna de San Vicente de Paul*? Allí, en un pequeño espacio, se ha querido reunir muestras de cada una de las fundaciones del insigne Santo; y rodeadas por el mismo muro se encuentran todas las instituciones, que fuera se pue-

de hallar solamente diseminadas por toda la extensión de un país, ó cuando mucho de una gran Capital. Si hace doce años nos hubierais favorecido con vuestra visita, algo parecido, aunque en miniatura, habríais observado en este recinto. Una pequeña sala con un número reducido de cunas, os habría recordado los *Enfants trouvés*. Habríais visto el asilo infantil y el orfanatorio, bien poblados por cierto, y admirablemente dirigidos. Os habrían encantado los niños y niñas con sus graciosas y acompasadas evoluciones (que malamente han dado algunos en llamar *gimnasia*), y habríais visto las escuelas para niñas pobres y para niñas acomodadas, que dirigían las Hermanas de San Vicente. Algunas de éstas eran vuestras compatriotas; pero la mayor parte hijas del país: y como su orden era el único de este género en nuestra República, no sólo entraban á él (como en otras partes generalmente sucede) robustas aldeanas capaces de levantar cadáveres y á propósito para rudas faenas, sino señoritas delicadas, de fina educación y propias para la enseñanza de las niñas más aristocráticas.

De aquí es que la instrucción que se daba en las clases de alumnas de elevada posición social era tan variada, tan fina y tan esmerada como pudiera desear el más exigente; aunque siempre apropiada á la condición y costumbres de estas fronteras. Mal habrían hecho, en efecto, en preparar á nuestras niñas para lucirse en salones de embajadores ó saraos de príncipes; en robustecer de preferencia sus tiernos brazos para sujetar en algún elegante parque, los fogosos corceles de un *phaeton* ó una *victoria*; en ejercitarlas á trepar en traje semi-masculino á alguna montaña *de moda*. Así es que en vez de esa

*gimnasia*, que consiste en hacer *jugar á los soldados*, vestidas de Amazonas ó vivanderas, aun á señoritas ya formadas, empuñando mazas á guisa de mosquetes, y girando en derredor de un tablado, se ponía atención especial en enseñarles á blandir la ajuga y esgrimir el huso; á dar vueltas en derredor del brasero, y á vestir con la modestia que á cristianas conviene. Muchos de los presentes tienen por esposas á señoras de tal manera educadas: digan si les han hecho falta esos ejercicios *calisténicos*, si han echado de menos esa tintura de medicina, que en una mujer sirve sólo para desobedecer al facultativo y envenenar tal vez al paciente; si han extrañado alguna ocasión el que no pidan en latín (á imitación de la erudita cotorra de la fábula) los *garbanzos de la olla* ó la lista de la lavandera.

Aquellas entre las educandas que, aspirando á más sublime estado, vistieron el uniforme de sus maestras, aprendieron el latín suficiente para estudiar con fruto la farmacopea, y evitar que á las recetas del médico se dieran torcidas interpretaciones; y en cuanto á clínica, mucha práctica adquirieron asistiendo á los enfermos en el hospital que en esta misma casa, á poca distancia del terreno que ocupa este salón, estaba abierto al público. Veis, Monseñor, que aun en estas remotas regiones, la educación femenil estaba al nivel de las exigencias del día, y formaba el objeto de los afanes más especiales de mi Predecesor; quien en Monterrey tenía otra casa de educación para niñas, aun en mayor escala que la de esta ciudad. El torbellino revolucionario arrebató de un soplo tan benéficos planteles; y al extirpar los establecimientos mismos, parece que con ellos borró en no pocos